

La normalización de la ultraderecha

El artículo, escrito antes de las elecciones del 28-A, realiza un detallado análisis de la posición y evolución de la extrema derecha en Europa, tanto a escala nacional –en que repasa distintos casos, incluida la irrupción de Vox en las elecciones de Andalucía– como en el ámbito europeo. El autor explora el significado del triunfo de Trump y del brexit en el rápido ascenso de la ultraderecha, explora el cambio de discurso a lo largo de su evolución, las grandes brechas que movilizan a su electorado y los dos principales polos que se configuran dentro de la extrema derecha europea según sus objetivos.

El ascenso de Vox en los comicios andaluces de diciembre de 2018, en los que obtuvo 12 escaños, ha conmocionado la política española por tres razones. Por una parte, porque España ha dejado de ser una de las raras excepciones europeas en cuanto a la presencia institucional de la ultraderecha (junto a Portugal e Irlanda). Por otra parte, porque Vox sumó 395.185 votos (10,9% del voto total) y superó el máximo histórico de 379.463 (2,1%) de este sector político, que lo obtuvo en 1979 en el conjunto de España Fuerza Nueva (FN, el partido más relevante de la extrema derecha durante la Transición, que lideró Blas Piñar y se disolvió en 1982). A la vez, Vox se convirtió en una fuerza decisiva para articular una mayoría de derechas en Andalucía con el Partido Popular (PP) y Ciudadanos (C's), una fórmula tripartita susceptible de ser imitada en los próximos comicios legislativos, locales y autonómicos. Por último, en la campaña electoral andaluza y en la previa a los comicios del 28 de abril se ha apreciado cómo las fuerzas de centroderecha (C's y especialmente el PP) han radicalizado su discurso para competir con Vox, un fenómeno visible en Europa, donde los partidos de ultraderecha influyen en la agenda política de forma muy superior a sus votos. En este sentido, los partidos conservadores pueden mutar en formaciones de ultraderecha, como ha reflejado en Hungría la inicialmente liberal Unión Cívica (Fidesz), o ver crecer un importante sector ultraderechista en su seno, como el Partido Conservador británico.

Xavier Casals es, historiador y profesor de la Facultad de Comunicación Blanquerna en Barcelona

Pero en última instancia, la irrupción de Vox plantea en España un problema presente en otros países europeos y que puede resumirse en esta pregunta: ¿Cómo gobernar con la extrema derecha? El tema no es menor, ya que las formaciones de este espectro político no han cesado de progresar desde el lejano 1984, cuando el Frente Nacional francés (FN, convertido en Agrupación Nacional en 2018), entonces liderado por Jean-Marie Le Pen, hizo su salto estelar al Parlamento de Estrasburgo en los comicios europeos de ese año con más de 2 millones de sufragios (10,9% del voto y 10 escaños). Si los partidos de ultraderecha primero condicionaban la acción de los gobiernos, actualmente han mostrado su capacidad para devenir fuerzas de gobierno, como ilustra esta extensa nómina de formaciones: el Partido de Ley y Justicia (PiS) en Polonia, Fidesz, la Liga (Lega) en Italia, la Alianza de Ciudadanos Descontentos (ANO) en la República Checa, Nuestra Eslovaquia (SNS), el Partido de los Finlandeses (Perussuomalaiset, antes conocido como Partido de los Finlandeses Auténticos), el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), el Partido del Progreso (FrP) de Noruega y ¿A quién pertenece el Estado? (KPVLV) en Letonia, a los que se añade el apoyo externo del Partido Popular Danés (DF) al Gobierno. Esta participación en los ejecutivos de fuerzas de ultraderecha plasma la centralidad creciente que ha adquirido este sector ideológico, sobre todo tras las elecciones europeas de 2014.

La progresión comporta normalización

En esos comicios, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) captó el 26,7% de los votos, el DF el 26,6%, el FN lepenista el 24,8% y el FPÖ el 19,7%. Además, ese año en las elecciones legislativas de Hungría el líder de Fidesz y presidente del país, Viktor Orbán (*Viktátor* para sus detractores, en el gobierno desde 2010), logró mantener un gran apoyo (45%). En Polonia en 2015 el PiS logró otro tanto (37,7%). En junio de 2016 se celebró el referéndum sobre el *brexit*, en el que el abandono de la UE –defendido especialmente por el UKIP– se impuso por una ajustada victoria (51,8%). A este plebiscito siguió el triunfo de Donald Trump en las elecciones presidenciales de EEUU en noviembre. Ambos hechos marcaron una inflexión al crear una situación nueva. ¿Por qué? Hasta entonces, el apoyo a estas fuerzas había sido esencialmente manifestaciones de protesta, en la medida que estas formaciones parecían tener una capacidad limitada de alterar los escenarios políticos. Pero las victorias del *brexit* y de Trump demostraron que este voto ahora podía ser determinante para cambiar la situación, constituyendo de este modo una suerte de “Yes, we can” de la derecha.

Ello estimuló un “tsunami populista” marcado en 2017 por el ascenso en las elecciones neerlandesas del Partido por la Libertad que dirige Geert Wilders (PVV) (13,1%), el del FN de Marine Le Pen (hija de Jean-Marie Le Pen) en las presidenciales galas (33,9%) y la conversión de Alternativa para Alemania (AfD) en tercera fuerza del país en los comicios legis-

lativos germanos (12,6%). Esta tendencia se reforzó en 2018 al revalidar Fidesz de nuevo su gran apoyo en Hungría (48,1%), al formarse un gobierno de coalición en Italia entre la Liga y el Movimiento 5 estrellas (M5S), y convertirse en segunda fuerza Demócratas de Suecia (SD) (19,2%). En este contexto, la irrupción del KPVLV letón (14,5%) y de Vox en diciembre de aquel mismo año fueron, en cierto modo, el corolario de una cartografía en la que la ultraderecha parece extenderse como una mancha de aceite. En marzo de 2019 parecían rubricarlo el avance del Partido Popular Conservador de Estonia (EKRE) (17,1%) y una nueva formación de ultraderecha holandesa, el Foro para la Democracia (FvD), que devino la primera fuerza del Senado.

A partir de 1984 el lepenismo empezó a cambiar el discurso de este ámbito político al incorporar como temas estelares la seguridad ciudadana y, sobre todo, el rechazo a la inmigración

A la vez, la elección de Jair Bolsonaro como presidente del Brasil en octubre de 2018, que se sumaba a la de Trump en EEUU, demostró que asistimos al desarrollo de una tendencia trasatlántica.

Del neofascismo a la islamofobia

Ante estos resultados se impone una precisión: no asistimos a una oleada súbita de estas formaciones, pues muchas de sus siglas tienen gran arraigo. Para comprender su crecimiento debemos remontarnos a la posguerra europea. Entonces la fuerza ultraderechista más destacada era el Movimiento Social Italiano (MSI), creado en 1946 y que reivindicaba el legado del fascismo (MSI podía leerse como “Mussolini Sei Immortale” [Mussolini eres inmortal] o “Mussolini Sì”) y fue la opción política más relevante de este espectro político en Europa hasta que hizo su eclosión el lepenismo en los citados comicios europeos de 1984. Así, durante la guerra fría la extrema derecha representó, en gran medida, una nostalgia de los nazifascismos.

A partir de 1984 el lepenismo empezó a cambiar el discurso de este ámbito político al incorporar como temas estelares la seguridad ciudadana y, sobre todo, el rechazo a la inmigración, que plasmó su exitosa consigna “tres millones de inmigrantes = tres millones de parados más”. La reivindicación nostálgica del pasado quedó relegada a un segundo plano hasta desvanecerse tras la caída del muro de Berlín en 1989 y el colapso de la URSS en 1991. Entonces la lucha contra el comunismo dejó paso a la oposición a la globalización desde una óptica de derechas al asumir este sector político el rechazo a los flujos de perso-

nas, a las deslocalizaciones industriales, a la cesión de soberanía a entes o acuerdos supranacionales (que tiene en la Unión Europea (UE) su blanco predilecto) o al multiculturalismo.

Además, de forma paralela, a inicios de los años setenta habían hecho eclosión en Dinamarca y Noruega los Partidos del Progreso (FrP), que inicialmente representaron una rebelión contra la elevada presión fiscal imperante y, al institucionalizarse, apostaron por un “chauvinismo del Bienestar” al reclamar que se restringieran las prestaciones del Estado del Bienestar a los extranjeros. En este sentido, estas formaciones fueron una punta de lanza de la gran rebelión contra el coste del Estado de Bienestar, que pronto emergió en Gran Bretaña con el gobierno de Margaret Thatcher y en EEUU con el de Ronald Reagan, y sus políticas neoliberales. En suma, al llegar a los años ochenta los temas del lepenismo y la ultraderecha escandinava habían puesto los cimientos de la renovación de la ultraderecha: inmigración, seguridad y chauvinismo del Bienestar. Así las cosas, entre la década de los noventa y la primera del siglo XXI diversas formaciones de ultraderecha ya participaron en gobiernos de coalición, como en Italia o Austria, lo que facilitó su normalización política.

En este escenario, el atentado de Nueva York que reivindicó Al-Qaida el 11 de septiembre de 2001 (11-S) impulsó un giro ideológico de este sector político al hacer bandera de la islamofobia, entendida como el rechazo al islam percibido como una religión retrógrada y de conquista. Ello permitió a sus formaciones atraer los apoyos de colectivos homosexuales o extender su voto entre el electorado femenino, ya que estos partidos se presentaron como valedores de sus derechos civiles ante una supuesta amenaza musulmana que los limitaría. Ello facilitó que la extrema derecha se proyectase ahora como liberal.¹ Esta tendencia se visualizó especialmente en Holanda con el liderazgo de Pym Fortuyn. Este académico homosexual lanzó un partido político homónimo de derecha populista y fue asesinado el 2002, en plena campaña electoral.

Sin embargo, cuando parecía que la ultraderecha había iniciado una modernización irreversible, la irrupción de Amanecer Dorado (AD) en Grecia en 2012 (7%) testimonió que aún podía haber espacio político para los sectores neofascistas y nostálgicos del pasado. De esta manera, el partido heleno combinó la práctica de la violencia con el «trabajo social» (repartió alimentos «solo para griegos» en vistosas acciones de propaganda y protegió a tenderos) y plasmó que las expresiones de neofascismo podían rebrotar y convivir con una ultraderecha que buscaba respetabilidad y normalización política. Lo rubricó la eclosión en Eslovaquia del citado SNS en 2016 (8%).

El resultado de este proceso es que la ultraderecha, como explicamos en un análisis anterior publicado por FUHEM Ecosocial en 2014 (“El ascenso populista en Europa: ¿cómo

¹ En tal sentido, se ha aludido a un «homonacionalismo LGTB». Véase D. Lestrade, *Pourquoi les gays sont passés à droite*, Édition du Seuil, París, 2012, p. 78.

interpretarlo?”), ha conformado lo que el politólogo y filósofo Pierre-André Taguieff define como «nacional-populismo». ¿Qué quiere decir tal concepto? Que sus formaciones y líderes, señala, se dirigen al pueblo con un llamamiento centrado en su dimensión “nacional”, partiendo de la premisa de que el pueblo es “homogéneo” (la división de clases sociales no tiene relevancia) y «se confunde con la nación unida, dotada de una unidad sustancial y de una identidad permanente». De esta forma, aquello que diferencia a los partidos nacional-populistas del resto es que el objeto de su denuncia y crítica prioritaria no son tanto «los de arriba» (las élites), como «los de enfrente» (los extranjeros): «Más exactamente: las élites son rechazadas en la medida que son percibidas como “el partido del extranjero”», subordinando así el antielitismo a la xenofobia, destaca Taguieff. Este populismo integrado al nacionalismo proyecta la figura de un enemigo nuevo: la del extranjero-invasor.²

Las grandes fracturas que movilizan al electorado

Pero las razones del ascenso de estos partidos no se reducen a la inmigración, y son complejas. Y más que hacer una enumeración de sus causas, es más revelador examinar cinco fracturas que, según expuso el politólogo Pascal Perrineau en *La France au Front* (2014), explican el ascenso del lepenismo y que, desde nuestra óptica, son extrapolables en gran medida al conjunto de la ultraderecha.³

Aquello que diferencia a los partidos nacional-populistas del resto es que el objeto de su denuncia y crítica prioritaria no son tanto «los de arriba» (las élites), como «los de enfrente» (los extranjeros)

De esta manera, Perrineau alude a una fractura económica, que, en una Europa afectada por la globalización opone a los «perdedores de la mundialización» y a quienes se benefician de ella o la valoran positivamente. Ello ha conformado una nueva línea divisoria entre partidarios de enfatizar el papel del Estado y los que quieren disminuirlo desde un punto de vista liberal. En esta brecha «la posición estatista es cada vez más proteccionista y defensiva, mientras que la posición liberal se vincula cada vez más a la competitividad nacional en los mercados mundiales». Una segunda fractura, según este politólogo, opone a quienes desean el movimiento de apertura internacional de la sociedad y quienes anhelan volver a «orientaciones más nacionales y proteccionistas» o a una sociedad más cerrada. Esta fractura no es solo económica (de mayor apertura a los mercados), sino también política (de

² P. A. Taguieff, *L'illusion populiste*, Berg International, París, 2002, pp. 132.

³ P. Perrineau, *La France au Front. Essai sur l'avenir du Front National*, Fayard, París, 2014, pp. 103-171.

mayor integración en organismos como la UE) o social (como refleja el debate sobre costes y beneficios de la inmigración). Asimismo, Perrineau advierte que otra fractura de carácter cultural opone a los partidarios de avanzar en el «liberalismo cultural» (el desarrollo de normas y valores hedonistas y antiautoritarios en sintonía con el cambio de mentalidad de los años sesenta) y a quienes desean retornar a los valores tradicionales ante las amenazas foráneas. No obstante, ello no impide a la ultraderecha tolerar valores adscritos al «liberalismo cultural» en la esfera privada, como la libertad sexual o el laicismo. Una cuarta fractura sería geográfica y, según Perrineau, estaría vinculada a los cambios que ha experimentado el territorio, que facilita el arraigo de la ultraderecha en zonas en las que las transformaciones económicas han comportado una desindustrialización y han generado fenómenos de «neo ruralidad», pues –siguiendo tesis del economista Laurent Davezies– sus habitantes conocen una deriva hacia valores rurales (casas unifamiliares, colectividades homogéneas culturalmente). Surgen, pues, tensiones entre grandes ciudades dinámicas y emprendedoras, insertas en los circuitos internacionales, y una periferia rural y de ciudades medianas o pequeñas excluidas de esta economía, con clases medias erosionadas y dependientes de beneficios sociales. Por último, Perrineau incluye una fractura política, que genera dos grandes polos: el de quienes defienden «culturas de gobierno» y el de quienes apuestan por «culturas antisistema», dada su desconfianza ante la política y que nutren las filas populistas.

Entre las fracturas que motivan el ascenso de la ultraderecha figura la económica, que opone a los «perdedores de la mundialización» y a quienes se benefician de ella o la valoran positivamente

En síntesis, un conjunto de factores y dinámicas entrecruzadas movilizan al electorado de la ultraderecha. Esta última, haciendo una simplificación en cuanto a las fracturas señaladas, agrupa a los estatistas-nacionalistas y partidarios de valores autoritarios y sociedades cerradas, a la vez que moviliza a los perdedores de la globalización y canaliza la protesta política. Tales fracturas se han podido apreciar en dos fenómenos políticos muy distintos: el mencionado referéndum del *brexit* de 2016 y la eclosión de los *gilets jaunes* o chalecos amarillos en Francia en 2018. Así, el apoyo al *brexit* fue más elevado en el caso de trabajadores autónomos, operarios manuales y ancianos *White British*, lo que contrastó con su menor apoyo entre jóvenes, graduados universitarios y extensos sectores de minorías étnicas. Aunque el apoyo al *brexit* estuvo relativamente extendido, los bastiones del *Remain* fueron el norte de Irlanda (marcado por las implicaciones del proceso de paz y la espinosa cuestión de la frontera), Escocia (cuyo nacionalismo se identifica con valores europeístas), Londres y las ciudades universitarias.⁴ En cuanto a los chalecos amarillos, el geógrafo Cristophe

⁴ H. D. Clarke, M. Goodwin y P. Whiteley, *Brexit. Why Britain voted to leave the European Union?*, Cambridge University Press, Cambridge, 2017, especialmente pp. 154 y 173.

Guilluy en 2014, en *La France périphérique*, ya advirtió que una brecha profunda se ensanchaba en el país entre sus metrópolis globalizadas y la Francia periférica, dejando amplias áreas excluidas de la economía global y cuyos sectores populares tenían una oferta de servicios cada vez más limitada y sus empleos se reducían.⁵ Este fenómeno alumbró la explosión de ira de los «chalecos amarillos», que quisieron atraer tanto a la izquierda radical como el lepenismo.⁶

Como puede apreciarse, las fracturas reseñadas evidencian que es erróneo atribuir a un factor único el ascenso de la extrema derecha. Este se explica por la interrelación de diversas dinámicas y la articulación del territorio puede ser decisiva: en los comicios estonios de 2019, el apoyo al mencionado EKRE radicó en «las zonas rurales con ingresos más bajos, especialmente en el sur».⁷

Estrasburgo, próximo objetivo

En tal contexto, las elecciones europeas de mayo revisten importancia por tres razones expuestas a continuación.

En primer lugar, los comicios son relevantes por los buenos resultados que pueden obtener las fuerzas de ultraderecha en el Parlamento de Estrasburgo. Un análisis de septiembre de 2018 de la agencia Reuters señaló que «un bloque euroescéptico podría crecer hasta un 60% en la Eurocámara», cuyas formaciones podrían tener «alrededor de una quinta parte de la Cámara».⁸ Otra proyección de febrero de 2019 de la agencia EFE otorgó a estos partidos «alrededor de los 150 escaños» en un hemicycle que, de confirmarse la salida de Gran Bretaña, tendría 705 escaños (45 menos)⁹ y habría 14 países con más escaños, notablemente Francia y España (con cinco más cada uno). Ciertamente, un bloque ultraderechista de 150 escaños no puede bloquear el Parlamento al tener populares y socialistas juntos la mayoría absoluta, pero podría tener un efecto simbólico si los socialistas retrocedieran significativamente (sus 186 escaños actuales se podrían reducir a 135). A ello se añade la posibilidad de que la amalgama de partidos de ultraderecha y euroescépticos forme un grupo único, lo que le permitiría eventualmente ser el segundo de la cámara al sobrepasar al socialista.

⁵ C. Guilluy, *La France périphérique. Comment on a sacrifié les classes populaires*, Flammarion, Barcelona, 2015 [1ª ed. 2014].

⁶ Le Pen y Mélenchon compiten por captar el movimiento «chalecos amarillos», *www.abc.es*, 24 de noviembre de 2018.

⁷ «La ultraderecha se consolida en las urnas en Estonia», *El País*, 4 de marzo de 2019.

⁸ «Los sondeos apuntan a un avance de la extrema derecha en las europeas de 2019», *www.publico.es*, 12 de septiembre de 2018.

⁹ «Elecciones europeas. El PSOE ganaría las elecciones europeas y Vox lograría seis eurodiputados, según un sondeo del Parlamento Europeo», *www.rtve.es*, (18 de febrero de 2019).

En segundo lugar, esta confluencia en un único grupo parlamentario parece poco probable, pues ha conocido sucesivos intentos fracasados. Como ya explicó nuestro mencionado análisis de 2014, en 1984 la extrema derecha ya formó un primer grupo, el Grupo Técnico de Derechas Europeas. Lo lideró Jean-Marie Le Pen con representantes galos, italianos, helenos y del Ulster. Pero los resultados de las elecciones europeas de 1989 alteraron su composición. Los integrantes alemanes de los Republicanos (Die Rep) chocaron con los italianos por el contencioso histórico sobre Tirol del Sur. Entonces Le Pen eligió a los germanos como socios (en detrimento de los italianos), pero estos sufrieron una crisis interna que los dividió y acabó hundiendo al GDE. Hasta 2007 no se articuló un nuevo grupo de este espectro en Estrasburgo: Identidad, Tradición y Soberanía (ITS), que unió a una veintena de parlamentarios al ingresar aquel año en el hemicycle ultraderechistas búlgaros y rumanos que se sumaron –entre otros diputados– a la italiana Alessandra Mussolini (nieta del *Duce*). Pero la agrupación solo duró de enero a noviembre y acabó cuando la *nietísima* censuró a los rumanos a raíz de un crimen cometido en Italia y afirmó que para ellos «romper la ley» se había convertido en «un modo de vida». Entonces los cinco eurodiputados de esta nacionalidad abandonaron ITS, que fue inviable al perder escaños.¹⁰

La fractura política genera dos grandes polos: el de quienes defienden «culturas de gobierno» y el de quienes apuestan por «culturas antisistema», dada su desconfianza ante la política que nutren las filas populistas

En 2014 la extrema derecha tampoco configuró un único bloque y, de hecho, los partidos que podríamos adscribir a este espectro quedaron repartidos en diversos grupos, tanto por su incapacidad para unirse, como porque es complejo trazar fronteras ideológicas claras entre una derecha radicalizada y la extrema derecha. Por consiguiente, en la legislatura que concluye, el UKIP co-lidera el Grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa (EFDD), mientras Fidesz pertenece al Partido Popular Europeo (PPE) (lo que genera grandes tensiones en su seno y ha supuesto su “suspensión” por ahora), PiS al Grupo de Conservadores y Reformistas Europeos (ECR) y Marine Le Pen co-lidera la Europa de las naciones y de las libertades (ENF). A ello hay que añadir que fuerzas como el Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik) se integran el grupo mixto.

Pero esta situación ahora quizá podría cambiar por dos razones. Una es que Fidesz podría dejar el PPE (o ser expulsada del grupo) y confluir con fuerzas afines ultraderechistas, un tema no menor al otorgar los sondeos a este partido magiar hasta un 53% del voto

¹⁰ «La extrema derecha se queda sin grupo en la Eurocámara», *El País*, www.elpais.com, 15 de noviembre de 2007.

en los comicios europeos (eventualmente 13 escaños).¹¹ La otra es la influencia que pueda tener Steve Bannon al mediar entre las formaciones de ultraderecha para que converjan en un solo grupo. Este ex estratega electoral y ex asesor presidencial de Trump ha creado una estructura para facilitar esta coordinación, The Movement. Su referente es la Open Society del magnate filántropo George Soros, pero a la inversa: si esta difunde la democracia liberal en Europa, The Movement quiere asesorar a la ultraderecha a difundir sus discursos y a aprovechar los datos accesibles en la red. Su meta última es promover un macrogrupo en Estrasburgo capaz de bloquear o minar a la UE. Tal proyecto parece improbable que triunfe por los intereses dispares (y a veces encontrados) de las siglas de este espectro en Europa y hasta hoy ha cosechado escasas adhesiones, aunque los rápidos cambios que imperan en el universo político aconsejan no descartar ningún escenario.

En tercer y último lugar, queremos resaltar que las fuerzas de extrema derecha, aunque no converjan en un solo grupo en Estrasburgo, tendrán mayor influencia a la hora de difundir su mensaje, a la par que su progresión electoral estimulará su voto. Por tanto, puede darse la paradoja de que el hemicycleo de la UE, el organismo al que tanto se opone este sector político, sea su principal altavoz y eventualmente le ofrezca la posibilidad de articularse de forma transnacional.

El riesgo de morir de éxito

Sin embargo, este avance de la ultraderecha presenta contradicciones internas importantes. ¿A qué nos referimos? Simplificando, a los peligros que conlleva morir de éxito, que ilustran, por una parte, el triunfo del *brexit* y, por otra, el rodillo parlamentario que conforma la holgada mayoría absoluta de Fidesz, que otorga un poder extraordinario a su líder y presidente húngaro, Orban.

De este modo, la victoria del *brexit* agitó y enardeció a los partidos la extrema derecha: Marine Le Pen quiso autoerigirse en “madame *Freexit*”, Wilders preconizó el *Nexit* y el líder de la Liga, Matteo Salvini, hizo lo propio con el *Italexit*. Pero quien fue el principal impulsor del referéndum, el UKIP, devino de inmediato políticamente marginal (su único programa era salir de la UE y al cumplirlo se quedó sin bandera de enganche). Asimismo, el hasta ahora confuso desenlace del *brexit* ha hecho que los propósitos abandonistas de la UE de los líderes citados y otros hayan sido relegados a un discreto segundo plano, a la espera de constatar los costes y éxitos que Londres obtenga de dejar la UE. El caso de Orban también refleja cómo el triunfo de las políticas de estos partidos puede erosionar su base electoral. El líder magiar ha logrado evitar la entrada de inmigrantes y refugiados en el país (que ha

¹¹ «El imparable ascenso de Salvini como líder euroescéptico», *El País*, www.elpais.com, 15 de noviembre de 2007.

empleado como gran reclamo electoral), recurriendo incluso a medidas punitivas para quienes les ayuden en tal propósito. Pero esta ausencia de inmigrantes ha hecho que la economía del país se resienta por falta de mano de obra, lo que se ha traducido en una propuesta de ley que ha suscitado por primera vez una protesta amplia y transversal contra Orban. Nos referimos a una disposición que los sindicatos bautizaron como «ley de esclavitud», al permitir que las empresas aumenten la jornada laboral a su albur entre 250 y 400 horas extra anuales de forma obligatoria (lo que puede suponer trabajar seis días semanales) y facilitar a las empresas hasta tres años para pagarlas. En resumen, el triunfo de los programas de la extrema derecha puede configurar un imprevisto dique de contención.

Hacia una acumulación de fuerza

En cualquier caso, posiblemente los comicios europeos venideros marcarán un nuevo hito en las tendencias aquí reseñadas. En términos globales supondrán una nueva acumulación de fuerzas del bloque ultraderechista y euroescéptico, que por ahora no se planteará destruir la UE ante los costes e incertidumbres que supone abandonarla (bien ilustrados por el caso británico), pero tenderá a desnaturalizar sus objetivos para convertirla en una suma de Estados. Y en lo que a España se refiere, los comicios posiblemente rubricarán el fin de la larga excepcionalidad en el ámbito de la presencia institucional de la ultraderecha, a la vez que obligarán a Vox a definir su política europea al escoger un grupo de socios en Estrasburgo, si –como hemos apuntado– no se materializa un único grupo parlamentario de este espectro ideológico.